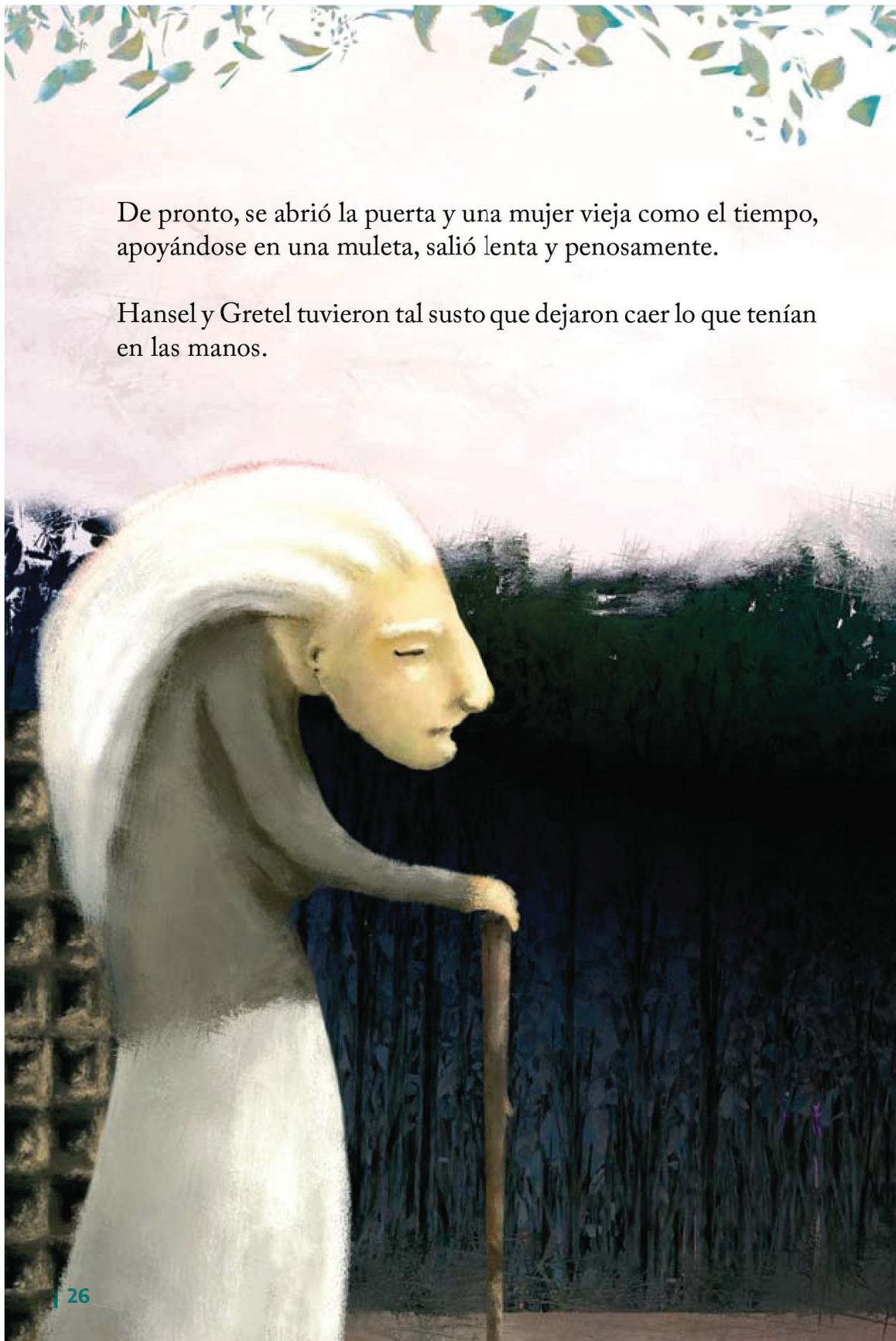


De pronto, se abrió la puerta y una mujer vieja como el tiempo, apoyándose en una muleta, salió lenta y penosamente.

Hansel y Gretel tuvieron tal susto que dejaron caer lo que tenían en las manos.





La anciana meneó dulcemente la cabeza y dijo:

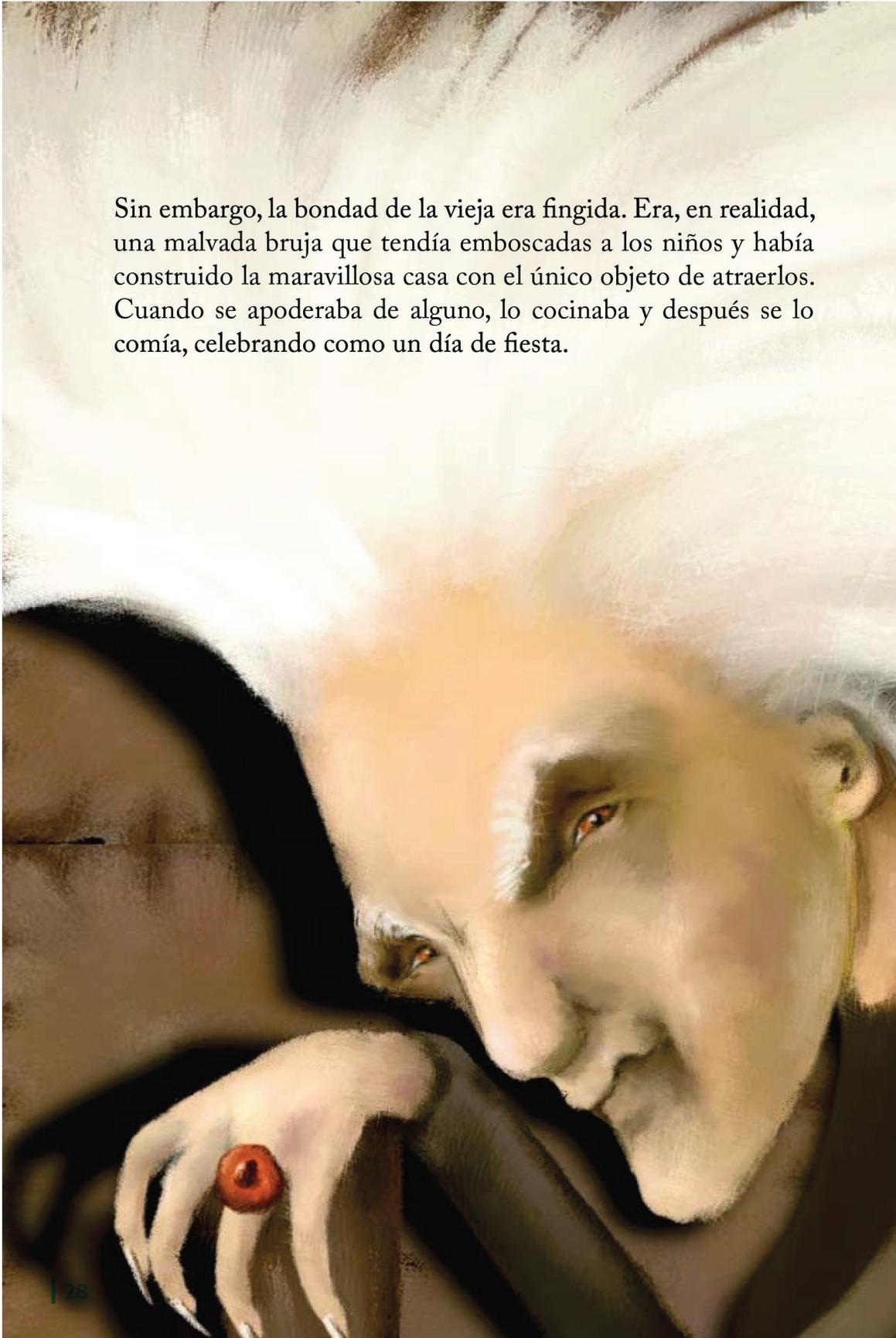
-¡Uy, queridos niños! ¿Quién los ha traído hasta aquí?
Entren sin cuidado y quédense en mi casa, aquí estarán
a salvo.

Tomó a los dos de las manos y los introdujo en la casita, donde
les sirvió leche y pastelitos con azúcar, manzanas y nueces.

Después de comer, al encontrar preparadas dos cómodas camitas,
Hansel y Gretel se echaron en ellas, creyendo estar en el cielo.



Sin embargo, la bondad de la vieja era fingida. Era, en realidad, una malvada bruja que tendía emboscadas a los niños y había construido la maravillosa casa con el único objeto de atraerlos. Cuando se apoderaba de alguno, lo cocinaba y después se lo comía, celebrando como un día de fiesta.





Las brujas tienen los ojos rojos y son cortas de vista pero, como los animales del bosque, tienen buen olfato. Cuando Hansel y Gretel se aproximaron a la casita, la vieja olió su bocado y riéndose socarronamente, pensó: “Ya están en mis manos; no podrán escaparse”.

Muy temprano por la mañana se levantó y al ver que los niños dormían plácidamente con sus rosadas mejillas redondas, murmuró: “¡Qué rico bocado será éste!”

Entonces tomó a Hansel con su huesuda mano y, llevándose a un pequeño corral, lo encerró tras una puerta de reja.

Por mucho que el pequeño gritó, no le sirvió de nada.

Después, fue a despertar a Gretel, y sacudiéndola, gritó:

–¡Levántate, perezosa! Busca agua y cocina algo rico para tu hermano. Está en el corral y debe engordar. Cuando esté bien gordo me lo comeré.

Gretel se puso a llorar amargamente, pero tuvo que hacer lo que la malvada bruja le exigía.

A partir de entonces, se preparaban los mejores platos para Hansel mientras Gretel sólo recibía las sobras.

